



6 de diciembre de 2017

## LA HISTORIA DEL ÁRBOL DE NAVIDAD Y POR QUÉ LOS CATÓLICOS LO DECORAN

En el siglo VII, un monje de Crediton, Devonshire, fue a Alemania para enseñar la palabra de Dios. Su nombre era San Bonifacio. Allí realizó muchas buenas obras y pasó mucho tiempo en Turingia, una región que más tarde se convertiría en el centro de la industria de la decoración navideña.

Según la tradición, San Bonifacio utilizó la forma triangular del abeto para describir la Santísima Trinidad de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. El pueblo converso comenzó a venerar el abeto como árbol de Dios, como antes veneraban al roble.

En el siglo XII se colgaba boca abajo de los techos en la época navideña en Europa Central como símbolo del cristianismo y se lo conocía como el "Árbol de Cristo".

El primer árbol decorado se encontró en Riga, Letonia, en 1510.

Sobre el significado más profundo del «Árbol de Cristo», el difunto profesor Plinio Corrêa de Oliveira explica: «Cada fiesta del calendario litúrgico trae consigo una efusión de gracias especiales. Lo quieran o no los hombres, la gracia llama a la puerta de sus almas de un modo más sublime, más dócil, más insistente durante el tiempo de Navidad».

El árbol de Navidad, con sus hermosas decoraciones, luces y la estrella o ángel en la parte superior, ayuda a elevar el alma por encima de los aspectos materialistas de la Navidad moderna. La punta del árbol señala un mundo maravilloso que es el Cielo.

Para mostrar cómo la introducción de la costumbre del árbol de Navidad fue un proceso gradual y cómo favorece la elevación del ambiente, contaremos la historia de una familia católica en Austria escrita por P. Rosegger en su libro *La vida campesina en Estiria*.

'Desde hacía tiempo tenía el gran deseo de poner en práctica algo que había oído que se hacía en otros pueblos para celebrar la Navidad: poner un pequeño abeto sobre la mesa, poner velas en sus ramas y debajo colocar regalos para los niños, explicando que había sido el Niño Jesús quien los había dejado allí.

'Se me ocurrió la idea de montar un "Árbol de Cristo" para mi hermano pequeño, Nickerl. Pero necesitaba hacerlo en secreto (parte del procedimiento) y antes de que mi madre entrara a la cocina a preparar el desayuno.

'En cuanto hubo suficiente luz, salí al frío. Escondí mi mirada de los que trabajaban en la casa y cuando volví del bosque con una pequeña copa de abeto, corrí al granero donde se guardaban los carros tirados por caballos para esconderla allí.

'Pronto se hizo de noche. Los sirvientes todavía estaban ocupados con los establos y en los dormitorios, donde, según la costumbre de la Nochebuena, se lavaban la cabeza y se ponían ropa de fiesta. Mi madre estaba en la cocina preparando sus típicos dulces navideños. Y mi padre estaba con el pequeño Nickerl recorriendo la propiedad bendiciéndola con incienso, rezando todo el tiempo. Era necesario expulsar los malos espíritus y atraer las bendiciones angelicales a la casa.

'Así, mientras todos estaban ocupados con sus tareas, preparé el "Árbol de Cristo" en la sala principal. Saqué mi árbol de su escondite y lo puse sobre la mesa. Luego corté diez o doce velas del bloque de cera y las coloqué sobre las ramas. Debajo puse un poco de pan dulce.

'Oí unos pasos lentos y suaves en el piso de arriba. Sabía que eran mi padre y mi hermano pequeño que estaban allí bendiciendo el desván. Pronto llegarían a la sala principal. Encendí las velas pequeñas y me escondí detrás de la estufa. La puerta se abrió y entraron con el incensario y luego se detuvieron...

"¿Qué es esto?", preguntó mi padre en voz baja pero prolongada.

'El pequeño Nickerl miraba estupefacto. En sus ojos grandes y redondos se reflejaban las luces del "Árbol de Cristo" como pequeñas estrellas.

'Mi padre avanzó lentamente hacia la puerta de la cocina y llamó en voz baja:

«Esposa, esposa, ven y mira esto».

'Y cuando ella llegó, él preguntó:

"¿Hiciste esto?"

«¡María y José!», exclamó mi madre, «¿Qué habéis puesto en la mesa?»

'Los sirvientes llegaron pronto y quedaron muy impresionados con la inesperada sorpresa. Así que uno de ellos sugirió:

"¡Tal vez sea un "árbol de Cristo"! ¿Será que los ángeles trajeron este arbolito del cielo?"

'Todos contemplaron y se maravillaron del árbol. Y el humo del incienso llenó toda la habitación y formó un delicado velo que reposó sobre el árbol iluminado.

'Mi madre me buscó con la mirada:

«¿Dónde está Pedro?»

'Pensé que era el momento de salir de mi escondite. Tomé las manos frías de Nickerl, que seguía estupefacto y clavado en el suelo, y lo acerqué a la mesa. Casi se resistió. Pero le dije en tono muy solemne:

«¡No temas, hermanito mío! Mira: el querido Niño Jesús te ha traído un «Árbol de Cristo». ¡Es tuyo!»

"Y el muchacho se llenó de alegría y juntó las manos como lo hacía cuando iba a la iglesia".

Como ya hemos dicho, la copa del árbol de Navidad nos indica un mundo maravilloso, el mundo celestial. A la luz de esto, vamos a analizar un cuento encantador sobre un árbol de Navidad. La historia eleva el espíritu a un plano superior, satisfaciendo así nuestro deseo de lo maravilloso.

Cuenta una piadosa leyenda que cuando los pastores fueron a adorar al Divino Niño, decidieron llevarle frutos y flores de la zona. Tras esta cosecha, las plantas se congratularon de poder ofrecer algo a su recién nacido Creador: una había dado sus dátiles; otra, sus nueces, y así sucesivamente.

Del abeto, sin embargo, los pastores no habían sacado nada, pues sus hojas aciculares y sus piñas afiladas no eran regalos presentables.

El abeto reconoció su indignidad y, al no sentirse digno de participar en la conversación, oró en silencio: "Dios mío recién nacido, ¿qué puedo ofrecerte? Te ofrezco mi pobre e indigna existencia. Te la entrego con gusto en agradecimiento por haberme creado con tu sabiduría y bondad".

Dios se alegró de la humildad del abeto y, como premio, mandó que bajaran del cielo multitud de estrellitas para adornarlo. Las estrellas eran de muchos colores: doradas, plateadas, rojas, azules, etc. Cuando pasó un grupo de pastores, no sólo se llevaron los frutos de las otras plantas, sino que se llevaron también el abeto entero, pues nunca antes se había visto semejante maravilla. ¡Así el abeto acabó adornando la gruta de Belén, quedando situado cerca del Niño Jesús, de la Virgen y de San José!